

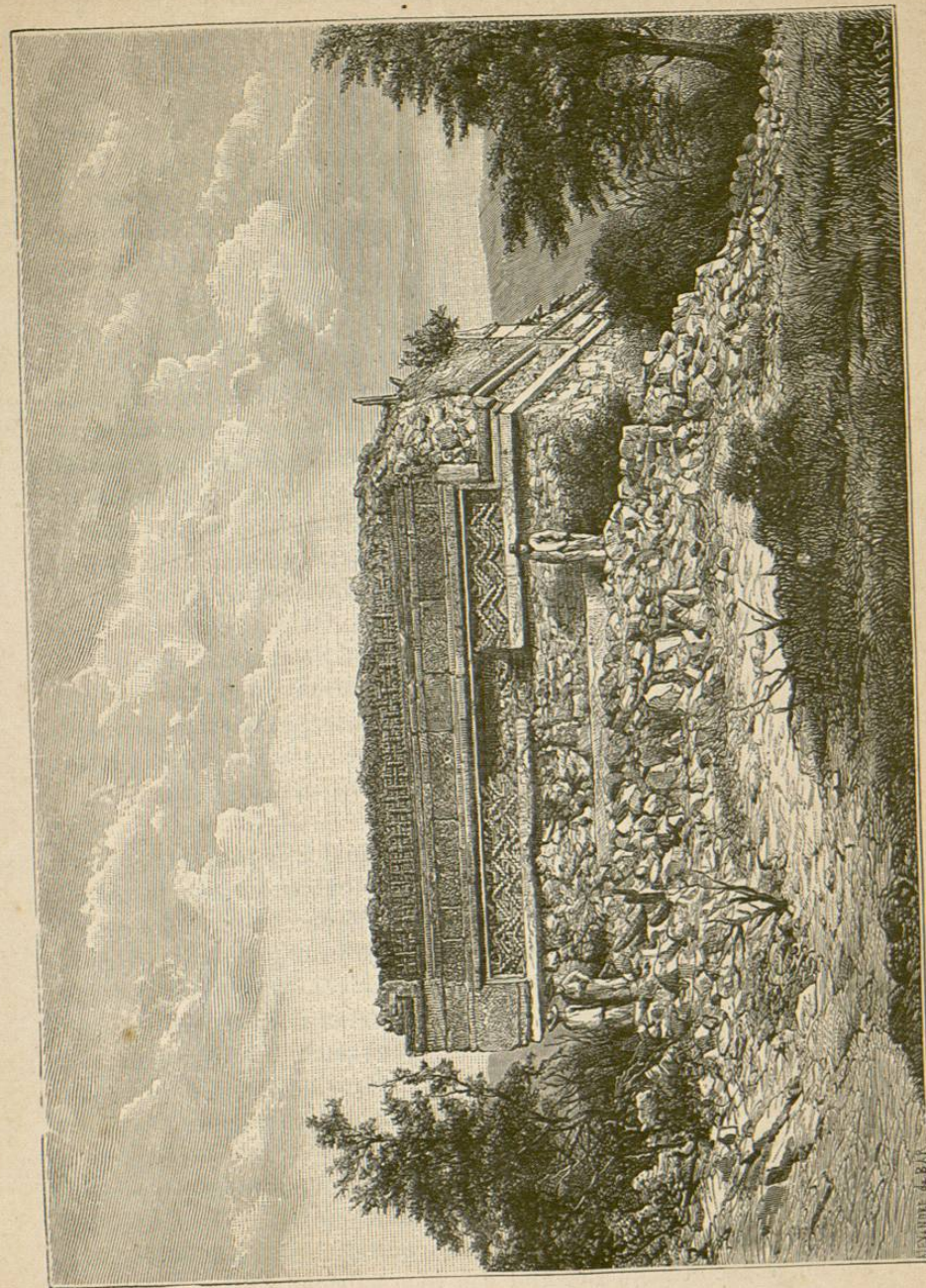
éste á declararse independiente de Cortés. En efecto, no bien hubo llegado á Honduras y fundado la ciudad del Triunfo de la Cruz, á 14 leguas al Este del puerto de Caballos, cuando declaró su propósito de hacerse independiente.

Cuando Cortés tuvo noticia de esto envió á Honduras á uno de sus parientes, llamado Francisco de las Casas, con cuatro barcos y 150 hombres, para que prendiera á Olid. Con toda felicidad llegó á la bahía del Triunfo de la Cruz, donde los buques de Olid intentaron impedirle la entrada. Se trabó un serio combate naval, y durante él perdió Olid una de sus carabelas. Pero desgraciadamente, este triunfo de Las Casas convirtiéndose pronto en desgracia, pues en la noche siguiente desencadenóse una furiosa tempestad que echó á pique sus barcos, pereciendo en el naufragio 30 hombres y alcanzando los demás con gran trabajo la orilla, donde fueron hechos prisioneros por Olid. Este trató á los náufragos con amabilidad, convidando repetidas veces á comer á Las Casas, que también se había salvado, con lo cual este último tuvo ocasión de ponerse de acuerdo con Gil González de Avila, uno de los capitanes de Olid, y un día se lanzaron ambos sobre él puñal en mano al grito de: «¡Por el emperador y por Cortés!» Olid, con increíble fuerza, levantóse y corrió hacia unos matorrales para esconderse; mas fué cogido y decapitado á usanza de los caballeros en la plaza de Naco. Así terminó su vida Cristóbal de Olid, uno de los más valientes compañeros de armas de Cortés durante los combates por México.

Habían transcurrido algunos meses y como no llegase ninguna noticia de Honduras, decidió Cortés ir él en persona allí para ver en qué estado se hallaban los asuntos. Nombrando suplente suyo en México á Alonso de Estrada, su tesorero, partió en octubre del año de 1524 con 140 mosqueteros, 93 jinetes y algunos miles de soldados indígenas de refuerzo. En su acompañamiento iban, además de la intérprete Marina, Quauhtemotzín, el soberano de los aztecas; y otros muchos príncipes indios, á los que llevaba consigo en previsión de que no promoviesen en su ausencia algún alboroto.

En la comarca de Guazacualco reforzóse Cortés con un pequeño número de sus antiguos veteranos, los cuales habían fundado como colonizadores algunos establecimientos. Hasta allí había encontrado Cortés caminos llanos construídos por los aztecas, sirviéndole además de guía una gran carta que había hecho diseñar Motezuma por sus dibujantes y regalado á Cortés.

Después de cruzar el citado país llegaron á los territorios de Tabasco y Chiapa, sumamente ricos en agua, y entonces presentáronse ante su paso indecibles obstáculos de todas clases. Principalmente tenían que vadear innumerables ríos, torrentes y brazos de mar, que ponían á prueba diaria-



Ruinas de un palacio de Mitla

mente la perseverancia y fortaleza de las tropas. A lo ancho y á lo largo estaban cubiertas estas tierras de espesos bosques vírgenes, viéndose tan sólo de trecho en trecho algunas colonias y ciudades indígenas á modo de oasis, que á causa de los casi impenetrables bosques y dilatados pantanos apenas tenían comunicación entre sí. La mayoría de los habitantes de dichas ciudades y colonias huían á la llegada de los extranjeros y hasta incendiaban sus viviendas, para impedirles el paso y no dejarles más que humeantes ruinas. Pronto empezaron á experimentar los españoles las mayores privaciones: agotáronse los víveres, viéndose obligados á alimentarse con frutos silvestres y raíces. Algunas de las tropas indias cogían y degollaban indígenas en la espesura del bosque y con su carne satisfacían el hambre voraz que les dominaba.

Algunas veces les abandonaban los jefes, y entonces quedaban solamente atendidos á las indicaciones de la poco exacta carta india y marchaban en la dirección en que ésta consignaba el asiento de algunos pueblos. Por lo tanto, avanzaban muy paulatinamente; las espinas y las malezas les desgarraban el rostro y los brazos, hundiéndose á menudo los caballos hasta el pecho en el limo de los pantanos, y sólo con gran trabajo podían sacarlos de tan peligrosa situación. Pero todavía tenían que tropezar con nuevas dificultades y que luchar con otros peligros. Al llegar al país de Acalán, un ancho río, probablemente el actual Usumacinta, cerróles el paso. Parecía casi imposible poder atravesar el torrente, que embocaba en un largo brazo de mar perteneciente á la laguna de Términos, y á la vista de aquella desgracia prorrumpieron los soldados en amargas quejas y maldiciones, pues no se les ocultaba que era imposible el regreso por las desiertas comarcas sin perecer todos.

Despreciando toda clase de obstáculos decidió Cortés pasar el río, mucho más cuando vió, después de sondearle, que tenía dos varas de fango y sobre éste había cuatro de agua. Cortés mandó derribar mil árboles y hacer con sus troncos vigas de 20 metros de largo y del grueso del cuerpo de un hombre. Estas fueron trasladadas con la ayuda de primitivas balsas al lugar de su destino, encuadradas en el lecho del río y unidas unas á otras por medio de lianas y travesaños. Aunque el trabajo era sumamente penoso, al cabo de seis días estuvo terminado un puente rústico sobre el cual pudo pasar con toda seguridad el pequeño ejército y llegar á la otra orilla.

En ella empezaron de nuevo las dificultades, pues por todas partes tenían que atravesar peligrosos pantanos, evitando que se hundiesen los caballos gracias á los gruesos haces de ramaje que les pusieron bajo el vientre. Por fin, al poco tiempo llegaron con toda felicidad á tierra firme, y poco después á un pueblo donde les proveyeron de víveres.

De repente cundió el rumor de que Quauhtemotzín, en unión de los otros caciques que acompañaban al ejército, había concebido el proyecto de caer en la primera ocasión sobre los españoles con las tropas indígenas y exterminarlos. Cortés mandó prender inmediatamente á los sospechosos, y después de algunas indagaciones que parecieron confirmar la veracidad del rumor, ordenó ahorcar inmediatamente á Quauhtemotzín y al cacique de Tlacopán.

Así murió el último soberano de los aztecas, después de un breve pero brillantísimo reinado. Con razón dijo de él un historiador moderno que la valerosa y perseverante defensa de su ciudad pertenece á las hazañas más gloriosas de la historia universal. Lo vivo que está aún su recuerdo entre los descendientes de sus súbditos, lo demuestra el magnífico monumento del más puro estilo azteca erigido á su memoria en el centro del parque que une á la ciudad de México con Chapultepec, el antiguo castillo de recreo de Motezuma.

La rapidez con que se llevó á efecto la ejecución del monarca no fué aprobada en manera alguna por la mayoría de los compañeros de Cortés. Díaz del Castillo, que formaba también parte de la expedición, declara que fué una injusticia, y dice que Cortés mismo sintióse acometido más tarde de remordimientos que le impedían con frecuencia conciliar el sueño.

Poco después de este suceso llegaron á grandes y desiertas sabanas fronterizas á los distritos de los mazotecas y lacandones, y luego á una pequeña sierra cuyos cantos y piedras tenían sus aristas tan afiladas, que tanto los hombres como los caballos se cortaban los pies con ellas. Ocho caballos se estropearon completamente durante el paso de esta sierra de sílice; un pariente de Cortés se rompió una pierna por varias partes, y todos dieron gracias á Dios en cuanto hubieron salido de las peligrosas alturas.

Bastantes días después, casi aniquilados por un calor tropical, llegaron



Tipo de una india de Guatemala

á las orillas del pintoresco lago de Petén, en la comarca de Taiza. Estaba rodeado de montañas de piedra caliza cubiertas de bosque, y partido en dos grandes lagunas por una lengua de tierra que venía del Sudeste. En la península, y en el mismo lugar que ocupa el actual pueblo de Flores, estaba situada la ciudad de Taiza ó Tayasal; y sobre una pequeña isla, al extremo de la lengua de tierra, elevábanse los templos y santuarios, que brillaban á gran distancia.

Después que hubieron descansado cinco días en medio de aquellos pacíficos indígenas, continuaron la marcha hacia el Sur hasta llegar á Tania y Coliste. Allí supieron que á dos días de distancia en la costa se había establecido una colonia de hombres blancos y barbudos, y, en efecto, siguiendo la corriente del río que parte del golfo Dulce, llegaron en poco tiempo á la colonia de San Gil de Buenavista, fundada por Gil González de Avila, capitán de Olid.

El aspecto de los desconocidos jinetes y soldados de infantería causó al principio alarma en la pequeña colonia, alarma que se trocó en vivo júbilo al saber que Cortés, el poderoso general, estaba allí. Por los habitantes, que corrieron á su encuentro, supo éste la muerte de Olid y el restablecimiento de su autoridad. La colonia estaba en muy precaria situación. Faltaban provisiones, y muchos de los colonos padecían fiebres palúdicas. En vez de conceder á sus tropas el descanso que tanto necesitaban, tuvo que enviarlas inmediatamente á proveerse de víveres. El mismo, sin darse punto de reposo, acompañado de 38 españoles y 20 mexicanos, embarcóse en un bergantín, y seguido de algunas barcas subió la corriente del río Dulce, el cual, en la vertiente del Polochic, que alimenta al golfo Dulce, se abre paso hacia el mar por entre altas paredes graníticas sumamente pintorescas, cubiertas de palmeras y de bosques vírgenes.

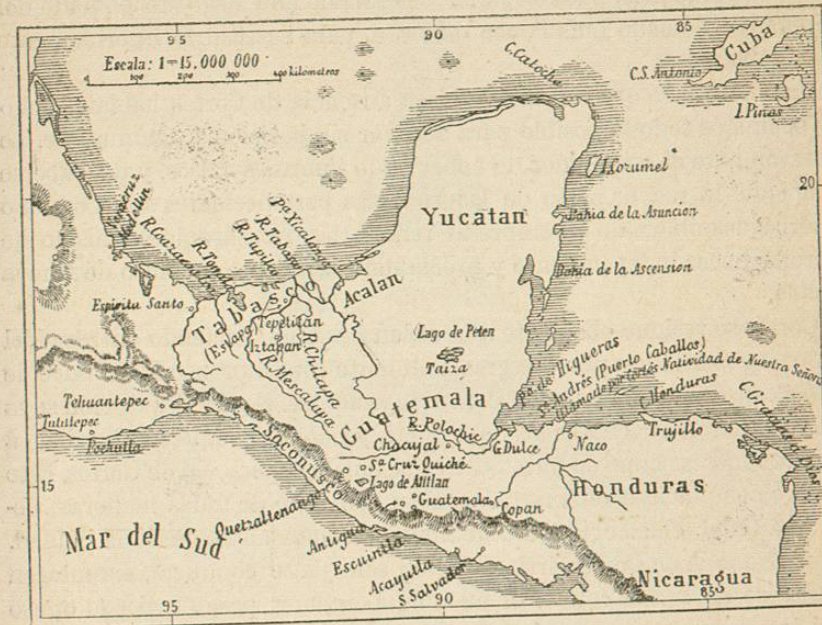
Luchando contra la rápida corriente de este profundo río llegaron, después de una penosa navegación de bastantes días, al magnífico golfo Dulce, que está rodeado de altas montañas y que tiene 30 leguas de largo por 12 de ancho. Fueron conquistados y sometidos algunos pueblos de los alrededores del lago, y continuaron luego su viaje de exploración subiendo aún un buen trecho por el Polochic. Hecho esto emprendieron el viaje de retorno, llegando, después de una ausencia de 25 días, sumamente satisfechos á la colonia.

Esta, á consecuencia de sus condiciones insalubres, fué trasladada á la bahía del puerto de Caballos, donde se fundó la ciudad de Natividad de Nuestra Señora.

Desde allí embarcóse Cortés para dirigirse á la ciudad de Trujillo, fundada también hacía poco tiempo, á fin de someter los territorios de la costa de Honduras y penetrar, si era posible, hasta Nicaragua. De pronto

un barco procedente de la Habana llevó noticias que obligaron á Cortés á tomar disposiciones para volver inmediatamente á México.

Aquí había cundido el rumor de que Cortés, en unión de su ejército, había perecido en los pantanos de Tabasco y Acalán, y en su consecuencia se habían celebrado funerales y misas en sufragio de su alma. Lo peor era que no sólo sus bienes, sino los de todos sus compañeros, se los habían



Carta de la expedición de Alvarado á Honduras y de Cortés á Guatemala

repartido los demás. Entre los empleados de Cortés habían tenido lugar violentas pendencias, y el factor Gonzalo se había hecho proclamar capitán general de Nueva España. Los recién sometidos zapotecas, así como sus vecinos los mixos ó minxos, se habían sublevado, y en México mismo se temían trastornos á causa de la dura opresión que se ejercía sobre los indios.

Los barcos que debían conducir á Cortés á Veracruz fueron arrojados dos veces por un huracán al puerto de Trujillo; luego hubo que retardar el viaje por sufrir Cortés fuertes fiebres, y hasta el 25 de abril del año de 1526 no pudo abandonar á Honduras, llegando, después de vencer bastantes obstáculos, al puerto de Veracruz á fines de mayo. La noticia de su regreso recorrió como una exhalación todo el país, y de todas partes aflúan españoles é indígenas, deseosos de ver y dar la bienvenida á

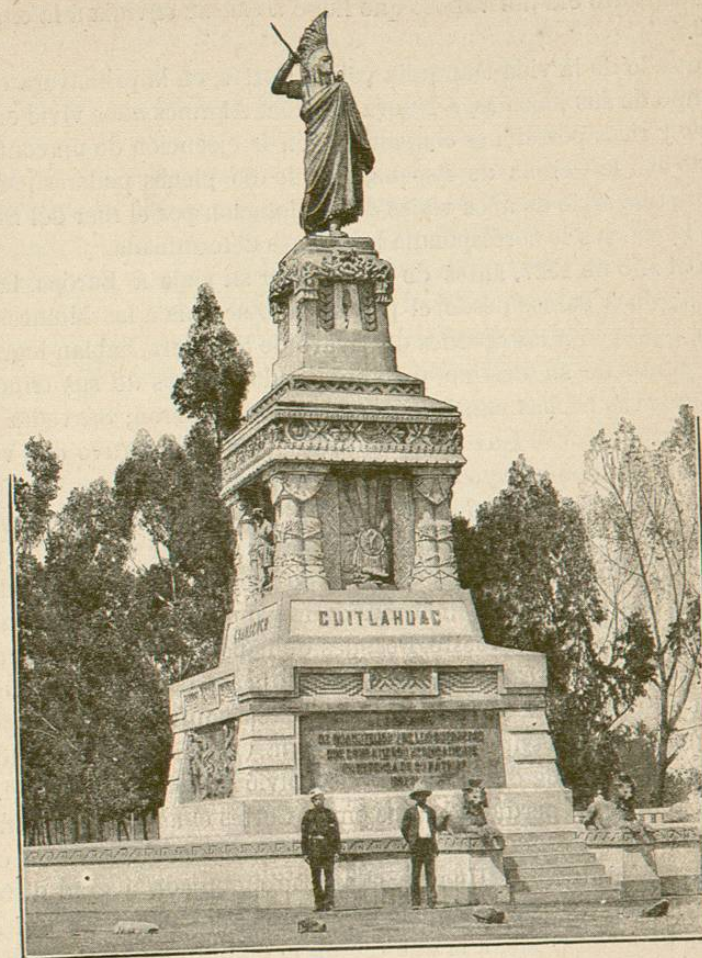
aquel hombre valeroso á quien creyeron perdido para siempre. Su viaje por el país fué una verdadera y continua marcha triunfal; y cuando en junio llegó á la capital salieron á su encuentro las autoridades y caciques vestidos con sus mejores galas para recibirle del modo más solemne.

La enérgica voluntad de hierro de Cortés consiguió pronto restablecer el orden; pero desgraciadamente no disfrutó mucho del buen éxito obtenido con sus afanes, pues en junio del mismo año llegó un enviado del emperador, llamado Luis Ponce de León, para sustituirle interinamente en el gobierno.

Esto demostró que durante la larga ausencia de Cortés habían hecho sus enemigos todo lo posible para socavar su posición y calumniarle. Le acusaron ante el emperador de haber dado informes falsos, y de haberse apropiado la mayor parte de las riquezas pertenecientes á la Corona ó haberlas despilfarrado en empresas temerarias. Acusáronle asimismo de querer hacer independiente y proclamarse soberano absoluto de Nueva España.

Cortés se resignó obediente á la orden imperial, haciendo entrega del cargo de gobernador; pero desgraciadamente murió pronto Luis Ponce de León á consecuencia de unas calenturas violentas. Según disposición suya recayó la autoridad en Marcos de Aguilar, y habiendo fallecido también á los pocos meses ocupó su puesto Estrada, enemigo personal de Cortés. Este hombre complacía en martirizar á su contrario de todas maneras, llegando á tener el atrevimiento de mandarle que abandonase la ciudad. Los partidarios de Cortés, irritados por semejante conducta, intentaron levantarse en armas contra el nuevo gobernador; pero Cortés se opuso enérgicamente á toda insurrección y se retiró entretanto á Coyahuacán. Pero las calumnias contra él no cesaban en la corte española, llegando hasta á acusarse á Cortés de haber envenenado á Ponce de León, á muchos de sus adversarios y hasta á su propia esposa, de la cual estaba cansado. Estas noticias, cuyo fundamento no ha sido confirmado en modo alguno, decidieron al emperador á llamar á Cortés á Madrid. Acompañado éste de algunos de sus fieles compañeros y de bastantes caciques indios, embarcóse en el puerto de Veracruz, llegando á Palos en diciembre de 1527. Allí perdió á uno de sus mejores compañeros de armas, el valiente Sandoval, que á la edad de 22 años había ido con él desde la Habana á México y que tanto contribuyó á la conquista de este reino, siendo, en unión de Alvarado, el más firme y leal apoyo de Cortés. Sandoval murió en la flor de su edad, pues sólo contaba 31 años. Permaneció breve tiempo en el palacio del duque de Medinasidonia, y prosiguió Cortés su viaje á Madrid, donde fué recibido en una audiencia muy brillante por el emperador Carlos V, que deseaba mucho ver por sus propios ojos al hombre que

tan grandes reinos le había conquistado. Aprovechando esta audiencia entregó Cortés un memorial de defensa escrito por él mismo, que tuvo por resultado que el emperador le nombrara marqués del Valle de Gua-



El monumento á Guatemozin en México (Según una fotografía)

xaca (la actual Oaxaca) y le concediera grandes posesiones en Nueva España, de donde le nombró además capitán general. Pero el gobierno de los países por él conquistados no pudo conseguirlo Cortés á pesar de sus repetidos ruegos.

«Pudiendo competir en gloria con Alejandro de Macedonia y en riquezas con Crespo,» según dice un documento de aquella época, podía atreverse Cortés á pedir la mano de una de las más hermosas damas españo-